EL TESORO DE LOS MERUANES.

El emir de Baza, Nazar-ebn-Husseim-ebn-Jussuf, acababa de llegar á su alcázar: sus guerreros estaban aun cabalgando, y en medio de ellos, atado fuertemente, se veía un hombre de torvo mirar, cuya barba negra le llegaba á la cintura, cubria su cuerpo una túnica cenicienta, y un pequeño bonete verde su cabeza.

Nazar-ebn-Husseim venía soberanamente mal humorado: tras un día de correr cerros arriba y cerros abajo en busca del tesoro de los Meruanes, que, segun el desconocido, debía hallarse escondido por aquellos sitios, expedicion infructuosa y hecha en uno de los mas calurosos días del mes de Julio, llegaba á palacio, molido y quebrantado, abrasado por el calor, la garganta emparedada del polvo y la lengua pegada al paladar de puro seca. Pero (Alá sea con él) el emir como buen musulman y con resignacion fatalista hubiera pensado que aquello estaba escrito, si, al bajar de caballo, no hubiera encontrado al jefe de la guardia, que puso en su conocimiento, como el soberano y omnipotente califa de Córdoba mandaba que inmediatamente saliera con sus ginetes y profetas, para unirse al ejército que á la sazón corría aquellas tierras al alcance del rebelde Yussuf el Ferih.

Mesóse Nazar-ebn-Husseim las pobladas barbas, y mesádose hubiera el cabello á no tener afeitada la cabeza, al oír aquella nueva que no le dejaba un instante de descanso: en un momento subió á las habitaciones reservadas á sus esposas, con el fin de despedirse de ellas, cuando al llegar á la puerta de entrada se encontró con el enviado del califa que, con la sonrisa en los labios, le mostraba el sagrado pergamino con la órden, al pié de la cual se veía el sello y firma del monarca.